

muy corto número las personas que le seguían: y como nadie le persiguiese caminaba despacio, pensando en lo que era natural pensase un hombre acostumbrado por treinta y cuatro años continuos á vencer y mandar á todos; y que entonces por la primera vez probaba lo que era ser vencido y huir. Contemplaba que en una hora había perdido aquella gloria y aquel poder, que había ido creciendo con peligros, combates y continuas guerras; y que el mismo que poco antes era guardado con tantas armas, caballos y tropas, caminaba ahora tan abatido y desamparado, que podía ocultarse á los enemigos que le buscaban. Pasó por delante de Larisa; y habiendo llegado al valle de Tempe, se echó en tierra de bruces, aquejado de la sed, y bebió en el río: levantóse y continuó marchando por el valle hasta que llegó al mar. Pasó allí lo que restaba de la noche, reposando en la barraca de unos pescadores; y al amanecer, embarcándose en una lanchita de río, admitió en ella á los hombres libres que le seguían, mandando á los esclavos que se fueran á presentar á César, y no temieran. Iba costeano, y vió una nave de comercio que estaba para dar la vela, de la que era capitán un ciudadano Romano, de ningún trato con Pompeyo, pero al que conocía de vista: llamábase Petiquio. Este en la noche anterior había visto entre sueños á Pompeyo, no como otras muchas veces, sino como abatido y apesadumbrado. Háblalo así referido á sus pasajeros, según la costumbre de entretenerse con semejantes conversaciones los que están de vagar. En esto uno de los marineros se presentó diciendo haber visto que venía de tierra un barquichuelo de río, y que unos hombres que en él se hallaban les hacían señas, sacudiendo las ropas, y les tendían las manos. Levantóse Petiquio, y habiendo conocido al punto á Pompeyo, como le había visto entre sueños, dándose una palmada en la

cabeza, mandó á los marineros que echaran el bote, y alargando la diestra llamaba á Pompeyo, conjeturando ya por la disposición en que le veía la terrible mudanza de su suerte. Así sin aguardar súplicas, ni otra palabra alguna, recogióse, y á los que con él venían, que eran los dos Lentulos y Fabonio, se hizo al mar; y habiendo visto al cabo de poco al Rey Deyotaro, que por tierra venía hácia ellos, también le recibieron. Llegó la hora de la cena, la que dispuso el maestre de la nave con lo que á mano tenía; y viendo Fabonio que Pompeyo por falta de sirvientes había empezado á lavarse á sí mismo, corrió á él, y le ayudó á lavarse y unguirse; y de allí en adelante continuó ungiéndole y sirviéndole en todo lo que los esclavos á sus amos, hasta lavarle los pies y aparejarle la comida: tanto que alguno al ver la naturalidad, la sencillez y pronta voluntad con que se hacían aquellos oficios, no pudo menos de exclamar:

¡Como todo está bien al hombre grande!

Navegando de esta manera á Anfipolis, pasó desde allí á Mitilene, con el objeto de recoger á Cornelia y á su hijo. Luego que tocó en la orilla de la isla, mandó á la ciudad un mensajero, no cual Cornelia esperaba, según las noticias que lisongeramente le habían anticipado, y se le habían escrito, dándole á entender que terminada la guerra en Dirráquio, no le quedaba á Pompeyo otra cosa que hacer que seguir el alcance á César. Entretenida con estas esperanzas la sorprendió el mensajero, que ni siquiera tuvo fuerzas para saludarla, sino que dándole á entender con sus lágrimas mas que con palabras lo grande y excesivo de aquella calamidad, le dijo que se apresurase si quería ver á Pompeyo con una sola nave, y esa agena. Al oírlo cayó en tierra, y perma-

neció largo rato fuera de sí sin sentido; costó mucho que volviese, y cuando estuvo en su acuerdo, echa cargo de que el tiempo no era de lamentos y de lágrimas, corrió por la ciudad al mar. Salióla á recibir Pompeyo; y habiendo tenido que recogerla en sus brazos acongojada y á punto de desmayarse: «veo, exclamó, ó Pompeyo, en tí, no la obra de tu fortuna, sino de la mia, al mirar arrojado en un miserable barco al que antes de casarse con Cornelia habia surcado este mismo mar con quinientas naves. ¿Por qué has venido á verme, y no has abandonado á su infeliz suerte á la que te ha traído semejante desventura? ¡Cuán dichosa hubiera sido yo, habiendo muerto antes de recibir la noticia de haber perecido á manos de los Partos Publio mi primer marido! ¡y cuán cuerda y avisada si por seguirle me hubiera, como lo intenté, quitado la vida! Quedé con ella para venir ahora á ser la ruina de Pompeyo Magno.»

Dícese que estas fueron las voces en que prorumpió Cornelia, y que Pompeyo le respondió de esta manera: «Tú, ó Cornelia, no has conocido mas que la buena fortuna, la que quizá te ha engañado por haber permanecido conmigo mas tiempo que el que tiene de costumbre; pero es menester llevar esta suerte, pues que á todo está sujeta la condicion humana, y probar otra vez fortuna; no debiendo desesperar de recobrar lo pasado el que de aquella altura ha descendido á esta bajeza.» Sacó Cornelia de la ciudad los intereses y la familia, y habiendo salido los Mitilenos á saludar á Pompeyo, rogándole que entrase en la poblacion, no se prestó á ello, sino que les previno que obedeciesen al vencedor, confiando en él, porque Cesar era benigno y de buena condicion. Volviéndose despues al filósofo Cratipo, que habia bajado á verle, le dirigió algunas expresiones, con que reprendia la Providencia; á las

que cedió Cratipo, procurando llamarle á mejores esperanzas, por no hacerse molesto é impertinente si entonces le contradecía. Porque se hubiera seguido preguntarle Pompeyo sobre la Providencia, y tener él que contestarle, que las cosas habian llegado á punto de ser absolutamente necesario que uno solo mandase en el estado á causa del mal gobierno, repreguntándole luego: ¿cómo ó con qué pruebas se nos haria ver que tú, ó Pompeyo, usarias mejor de la fortuna si hubieras sido el vencedor? Pero conviene dar de mano á estas cosas, y á todo lo que toca á los Dioses.

Tomando pues consigo la muger y los amigos seguia su viage, arribando á los puntos que era necesario para proveerse de aguada y víveres, siendo Atalia de la Panfilia la primera ciudad en que entró. Llegáronle alli algunas galeras de la Cilicia, y empezó á levantar tropas, teniendo ya cerca de sí otra vez unos sesenta del orden senatorio. Habiéndosele anunciado que la escuadra se mantenía, y que Caton, habiendo reunido muchos de los soldados, pasaba al Africa, empezó á lamentarse con sus amigos, repreniéndose de haberse dejado violentar para combatir con las tropas de tierra, no empleando para nada el recurso mayor que sin disputa tenia, y de no haberse aproximado á la armada, para tener prontas, si por tierra sufría algun descalabro, unas fuerzas navales de tanta consideracion: pues ni Pompeyo pudo cometer mayor yerro, ni Cesar valerse de medio mas acertado que el de haber trabado la batalla á tanta distancia de los socorros marítimos. Mas en fin, precisado á dar pasos y sacar algun partido del estado presente, á unas ciudades envió embajadores, y pasando él mismo á otras recogia fondos y tripulaba las naves; pero temiendo la celeridad y presteza del enemigo no fuera que le sobrecogiese antes de allegar los preparativos, andaba exa-

minando donde podría hallar por lo pronto asilo y refugio. Puestos á deliberar, no veian provincia que les ofreciese seguridad; y por lo que hace á reinos, el mismo Pompeyo indicó el de los Partos, como el mas propio para recibirlos y protegerlos mientras eran débiles, y para rehacerlos después y habilitarlos con nuevas fuerzas. De los demas algunos volvian la consideracion hácia Africa y el Rey Juba: pero á Teofanes de Lesbos le parecia una locura, no distando el Egipto mas que tres dias de navegacion no hacer cuenta de él, ni de Tolomeo, que aunque todavía mocito, debía haber heredado la amistad y gratitud paterna, é ir á entregarse en manos de los Partos, gente del todo desleal é infiel; y que el mismo que no queria tener el segundo lugar, respecto de un ciudadano Romano su deudo, siendo el primero respecto de todos los demas, ni exponerse á probar la moderacion de aquel, hiciera dueño de su persona, á un Arsacida, que no pudo serlo de la de Craso mientras tuvo vida; y llevar una muger joven de la casa de los Escipiones á un pais bárbaro, entre gentes que hacen consistir el poder en el insulto y la disolucion. Pues aunque nada sufriese podia parecer que lo había sufrido, por haber estado entre gente por lo comun desmandada, lo que es terrible. Dícese que esto solo fue lo que retrajo á Pompeyo de seguir la marcha hácia el Eufrates; si es que esta fue resolucion de Pompeyo, y no fue su mal hado el que le inclinó á este otro camino.

Luego que prevaleció el parecer de ir á Egipto, dando la vela de Chipre en una nave Seleucida con su muger, y siguiéndole los demas, unos con embarcaciones menores y otros en transportes, hizo la travesía sin accidente alguno; pero habiendo sabido que Tolomeo se hallaba en Pelusio, haciendo la guerra á su hermana, hubo de detenerse, enviando persona que anunciara al Rey su llegada, y le pidiera benigna

na acogida. Tolomeo era muy jovencito; y Potino, que era el árbitro de los negocios, juntó en consejo á los de mayor autoridad, que la tenían los que él queria, y les mandó dijera cada uno su dictámen. ¡Era cosa bien triste que sobre la suerte de Pompeyo Magno hubieran de decidir el eunuco Potino, Teodoto de Quio, llamado por su salario para ser maestro de retórica, y el Egipcio Aquila! Porque estos consejeros eran los principales entre los demas camareros y ayos; y Pompeyo, que no tenia por digno de su persona ser deudor de su salud á César, estaba esperando al áncora lejos de tierra la resolucion de semejante Senado. Los pareceres fueron del todo opuestos, diciendo unos que se le desechase, y otros que se le llamara y recibiera; pero Teodoto, haciendo muestra de su habilidad y pericia en la materia, demostró que ni en lo uno ni en lo otro había seguridad: porque de recibirle tendrían á César por enemigo, y á Pompeyo por señor; y de desecharle incurrirían en el odio de Pompeyo por la expulsion, y en el de César por tener todavía que perseguirle; así que, lo mejor era mandarle venir, y matarle; pues de este modo servirían al uno, y no tenían que temer al otro, añadiendo con sonrisa, segun dicen, que hombre muerto no muere.

Asi se determinó, y Aquila tomó á su cargo la ejecucion; el cual, llevando consigo á un tal Septimio, que en otro tiempo fuera Tribuno á las órdenes de Pompeyo, á otro que había sido Centurion, llamado Salvio, y tres ó cuatro criados, se dirigió á la nave de Pompeyo. Habian pasado, y reuniéndose en ella los principales de su comitiva, para estar presentes á lo que ocurriese; y cuando vieron que el recibimiento no era ni regio ni brillante, como Teofanes se lo había hecho esperar, viniendo solo unos cuantos hombres en un barquichuelo de pescador, ya les pareció sospechosa la poca importancia que se les

daba, y aconsejaron á Pompeyo sacara la nave a alta mar hasta ponerse fuera de alcance; pero en esto, atracando ya el barquichuelo, se levantó el primero Septimio, y saludó en lengua Romana á Pompeyo con el título de Emperador; y Aquila, saludándole en griego, le instaba para que pasase á su barco, porque habia mucho cieno, y por alli no tenia para su galera bastante profundidad el mar, y ademas abundaba de bancos de arena. Véase al mismo tiempo que se aprestaban algunas de las naves del Rey, y que se coronaba de tropas la orilla; de manera que no les era dado huir, aunque mudaran de propósito; y por otra parte si tenian dañadas intenciones, con la desconfianza defenderian su injusticia. Saludando pues á Cornelia, que muy de antemano lloraba su muerte, dió orden de que se embarcaran primero á dos Centuriones, á su liberto Filipo, y á un esclavo llamado Escena, y al darle la mano Aquila, volviéndose á su muger y á su hijo, recitó aquellos yambos de Sofloces:

Quien al palacio del tirano fuere,

Esclavo es suyo, aun quando libre parta.

Habiendo sido estas las últimas palabras que pronunció, descendió al barco; y como mediase bastante distancia desde la galera á tierra, y ninguno de los que iban con él le hubiera dirigido siquiera una expresion de agasajo, poniendo la vista en Septimio, paréceme, le dijo, haberte conocido en otro tiempo, siendo mi compañero de armas; á lo que le contestó, bajando solo la cabeza, sin pronunciar palabra, ni poner siquiera buen semblante; por tanto, como se guardare por todos un gran silencio, sacó Pompeyo un libro de memoria, y se puso á leer un discurso que habia escrito en griego para hacer uso de él con Tolomeo. Quando arribaban á tierra, Cornelia, que llena de agitacion é inquietud habia subido con los amigos de Pompeyo á la cubierta de la na-

ve, para ver lo que pasaba, concibió alguna esperanza al observar que muchos de los cortesanos salian al desembarco, como para honrarle y recibirle. En esto al tomar Pompeyo la mano de Filipo para ponerse en pie con mayor facilidad, Septimio fue el primero que por la espalda le pasó con un puñal, y en seguida desenvainaron tambien sus espadas Salvio y Aquila. Pompeyo, echándose la toga por el rostro con entrambas manos, nada hizo ni dijo indigno de su persona, sino que solamente dió un suspiro, aguantando con entereza los golpes de sus asesinos. Y habiendo vivido cincuenta y nueve años, al otro dia de su nacimiento terminó su carrera.

Los de las naves, habiendo visto su muerte, movieron un llanto, que llegó á oirse desde la tierra, y levantando áncoras huyeron con precipitacion. Ayudábales un recio viento quando ya estaban en alta mar; por lo que, aunque los Egipcios quisieron perseguirlos, desistieron de su propósito. Al cadaver de Pompeyo le cortaron la cabeza, arrojando el cuerpo desnudo á tierra desde el barquichuelo, y dejándolo que fuera espectáculo de los que quisiesen verlo. Estúvose á su lado Filipo, hasta que se cansaron de mirarlo; despues, lavándolo en el mar, y envolviéndolo en una miserable ropa suya, por no tener otra cosa, se puso á registrar por la orilla, y descubrió los despojos de una lancha gastados ya por el tiempo, pero bastantes todavía para la mezquina hoguera de un cadaver, y aun este no entero. Mientras los recogia y amontonaba, hallándose allí cerca un Romano ya de edad, y que habia hecho sus primeras campañas con Pompeyo quando todavía era jóven, ¿quién eres, le dijo, tú que tienes el cuidado de dar sepultura á Pompeyo Magno? respondióle que un liberto suyo: pues no has de ser tú solo, continuó, el que le preste tan debido oficio: admíteme á mí á la parte de este tan piadoso encuentro, para

no tener tanto de que culpar á mi suerte en esta ausencia de la patria, gozando entre tantas aflicciones el consuelo de tocar y envolver con mis manos al mayor Capitan que ha tenido Roma. Estos fueron los funerales de Pompeyo. Al dia siguiente Lucio Lentulo, que sin saber nada de lo sucedido navegaba de Chipre, y aportó á tierra, luego que vió la hoguera de un cadáver, y que al lado de ella estaba Filipo, al que aun no habia conocido: ¿quién es, dijo, el que cumplido su hado reposa en esta tierra? ¿Quizá tú, continuó, oh Pompeyo Magno! y habiendo desembarcado de allí á poco, le prendieron y dieron muerte. Asi acabó Pompeyo. De allí á breve tiempo llegó César al Egipto que se habia manchado con tales crímenes; y al que le presentó la cabeza de aquel, le tuvo por abominable, volviendo el rostro por no verle; presentáronle tambien el sello, y al tomarle lloró. Estaba en él grabado un leon con la espada en la mano. A Aquila y Potino les hizo dar muerte; y habiendo sido el Rey vencido en una batalla junto al rio, no se volvió á saber de él. A Teodoto el Sofista no le alcanzó la venganza de César, porque huyó del Egipto, andando errante y aborrecido de todos; pero Marco Bruto, en el tiempo en que mandó despues de haber dado muerte á César, le encontró en el Asia, y habiéndole hecho sufrir toda clase de tormentos, le quitó la vida.

Las cenizas de Pompeyo fueron entregadas á Cornelia, que llevándolas á Roma las depositó en el campo Albano.

COMPARACION DE AGESILAO Y POMPEYO.

Expuestas las vidas recorramos con el discurso rápidamente los caracteres que distinguen al uno del otro, entrando en la comparacion; y son de esta manera. En primer lugar Pompeyo subió al poder y á la gloria por el medio mas justo, promovándose á sí mismo, y auxiliando eficaz y poderosamente á Sila para libertar la Italia de tiranos; y Agesilao en el modo de entrar á reinar no parece que carece de reprehension, ni para con los dioses, ni para con los hombres: haciendo declarar bastardo á Leutuquidas, cuando su hermano lo habia reconocido por legítimo, é interpretando de un modo ridículo el oráculo sobre la cojera. En segundo lugar Pompeyo perseveró honrando á Sila mientras vivió, y despues de muerto cuidó de su entierro, oponiéndose á Lépido; y con Fausto, hijo de aquel, casó su propia hija; y Agesilao alejó de sí y mortificó el amor propio de Lisandro, bajo ligeros pretextos, siendo así que Sila no recibió menos favores de Pompeyo que los que dispensó á este, cuando Lisandro hizo á Agesilao Rey de Esparta y General de toda la Grecia. En tercer lugar las faltas de Pompeyo en política y en justicia nacieron de su deferencia al parentesco, pues en las mas tuvo por socios á César y Escipion sus suegrós; y Agesilao á Esfodrias, que era reo de muerte por la injusticia hecha á los Atenienses, le arrancó del suplicio solo en obsequio del amor de su hijo; y á Febidas, que quebrantó los tratados hechos con los Tebanos, le dió abiertamente favor y auxilio por este mismo agravio. Finalmente, en cuantas cosas es acusado Pompeyo de haber causado perjuicios á la república Romana por mala vergüenza ó por ignorancia, en otras tantas Agesilao por encono y rivalidad irrogó daños á los Lacedemonios, encendiendo la guerra de la Beocia. Y si ha de entrar en cuenta con